

GRUPO
EDITORIAL
norma
INFANTIL-JUVENIL

NUEVAS HISTORIAS DE FRANZ EN LA ESCUELA

CHRISTINE NÖSTLINGER



T O R R E • D E • P A P E L

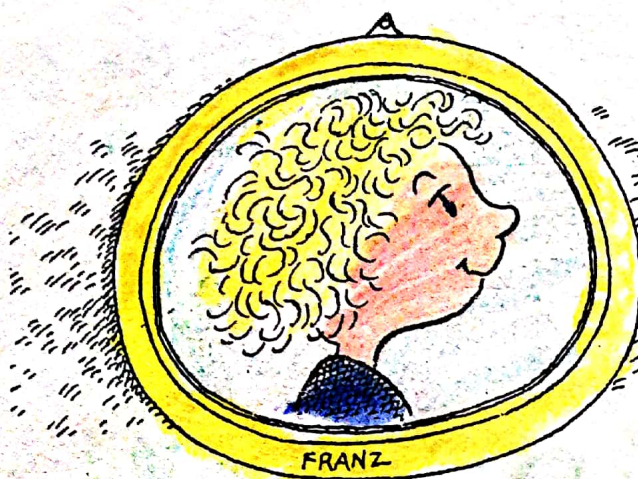
$$11 - 4 = 7$$

$$12 - 6 = 6$$

LOS PROBLEMAS DE FRANZ

Franz tiene siete años y seis meses. Tiené papá y mamá, un hermano mayor y una amiguita. El hermano mayor se llama Josef y su amiguita se llama Gabi. Gabi es vecina de Franz.

Franz tiene algunos problemas. Uno tiene problemas cuando no puede solucionar algo, y Franz no puede darle solución al hecho de ser el niño más pequeño de la escuela. Claro que ha crecido tres centímetros en los últimos seis meses, pero los otros niños también han crecido tres centímetros durante ese tiempo.



Otro problema de Franz es su voz. Cuando se pone nervioso o se excita mucho, la voz se le pone muy aguda, como de pito, y esto le molesta mucho. Porque cuando uno se excita, debe gritar, gritar con una voz poderosa, y no con una aguda voz de pito.

Antes Franz tenía otro problema: parecía una niña. Pero esto ya lo ha solucionado. Sus rizos rubios eran los culpables de que la gente lo confundiera con una niña, y por eso le pidió a su papá que le cortara el pelo al rape. El papa tenía que cortarle el cabello justo donde comenzaban a for-



marse los rizos. ¡Parecía un niño calvo, y nadie confunde a un niño calvo con una niña!

Sin embargo, desde hace dos semanas Franz se ha vuelto a dejar crecer el cabello.

Lo que pasó fue que Franz encontró en el baño un misterioso tubo, con una especie de gelatina rosada llamada gomina. Cuando uno se la aplica sobre el cabello, puede darle a éste la forma que quiera, y a Franz le gusta dejarlo muy parado y tieso hacia arriba y hacia los lados. Lo importante es que la gomina no deja que se forme ningún rizo. Los cabellos parecen las



púas de un puercoespín, y el cabello de una niña jamás se ve así. Pero a los padres de Franz no les gusta este nuevo peinado.

—Franz, me pincharé los dedos cuando te acaricie la cabeza —le dice la mamá.

Mas esto no le molesta a Franz. Piensa que, después de todo, ya no es un bebé, y no quiere que le sigan haciendo este tipo de caricias.

—¡Te ves espantoso! ¡Asustas a cualquiera! —le dice el papá.

Y esto tampoco le molesta a Franz. Piensa que está muy bien que le tengan algo de miedo. Josef, por su parte, le dice «Cerdo cerdoso», lo cual es preferible a lo que le decía antes, cuando lo llamaba «Cretino» o «Enano».

A Gabi, en cambio, no le molesta el nuevo peinado de Franz. A ella le caen bien los puercoespines. Incluso le hubiera gustado tener un peinado parecido al de Franz, pero su mamá no le da permiso.

—Tiene razón, porque eres una niña —le dice Franz.

Franz tiene otro problema. Con Lily. Lily es una estudiante universi-



taria. Llegar todos los días a la casa de Franz después del mediodía, para acompañarlo, pues la mamá de Franz trabaja hasta tarde en la oficina. Lily le prepara el almuerzo, le ayuda a hacer las tareas y sale a pasear con él. También le cose los botones que se le caen de la camisa, de los pantalones y de la chaqueta. Y juega con él. En realidad, Franz discute todos sus problemas con ella. Lily es, de verdad, muy importante para Franz. Sin ella, le es difícil imaginarse la vida.

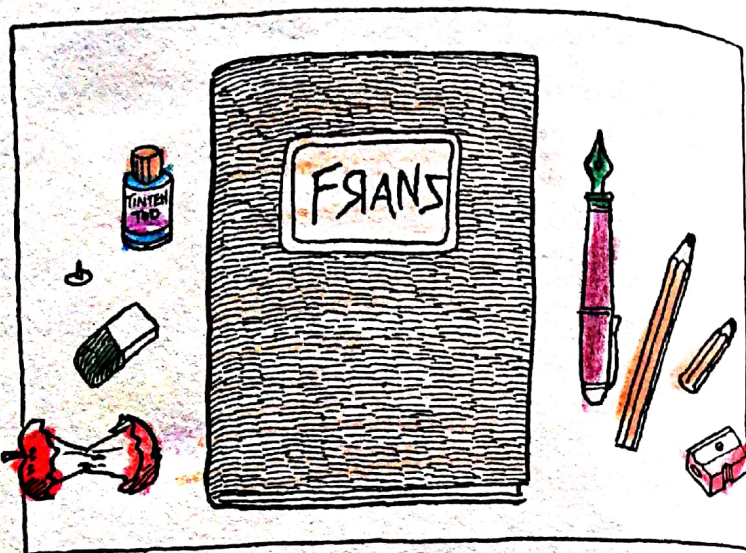
Pero a Lily le falta poco para termi-

nar sus estudios en la universidad. Después del examen final, tiene pensado ir a los Estados Unidos por un año. Allí tiene un tío y una tía.

Franz reza todas las noches: «Dios mío, Padre Todopoderoso que estás en los cielos, haz que a Lily le vaya mal en los exámenes para que no se vaya a los Estados Unidos. Y perdóname. Amén».

Hasta el momento, el buen Dios ha escuchado a Franz. Dos veces le ha ido mal a Lily en el examen final.

Claro que Franz se siente bastante mal, porque se ve obligado a pedirle a Dios algo que le causa problemas a Lily. Pero él necesita a Lily, especialmente para que le ayude a hacer las tareas. Porque Franz tiene un enorme problema. Otro problema más. Puede leer muy bien todo lo que le pongan delante de los ojos. Puede hacer muy bien sus cálculos aritméticos. También puede redactar frases correctamente. Pero le va muy mal con su



manera de escribir. A veces escribe las letras al revés. En vez de escribir «dedo» escribe «bebo».

Con frecuencia, el 3 de Franz se ve como 8 y el 4 como 1. Por eso, le gustan mucho el 8, el 0, la A, la H, la I, la M, la O, la T, la U, la V, la W y la X. Con estas letras y estos números uno no puede equivocarse. Si los escribe al revés, ¡también están correctos!

Cuando Franz hace sus tareas, Lily se sienta a su lado y cuida de que escriba las letras y los números correctamente. Franz tiene un borrarintitas fantástico para cuando lo necesita. El



borratintas está en una botellita. La botellita tiene por dentro, pegado a la tapa, un pequeño pincel. Franz llama «matatinta» al borrarintitas. Si uno coloca una gotita de «matatinta» en una letra incorrectamente escrita, ésta desaparece como por arte de magia. Después hay que esperar un poco, hasta que el «matatinta» se seca. Entonces, se puede escribir la letra correctamente, o incorrectamente, pues uno puede equivocarse más de una vez. En todo caso, Lily y Franz necesitan un frasquito mensual para hacer las correcciones en el cuaderno.

10 + 3 = 55 11 + 11 = 55

DE COMO FRANZ
SE DESHIZO
DE SU VOZ DE PITO

Una vez, cuando Franz volvía de la escuela, Lily le dijo:

—¡Chico, después de las tareas, iremos a donde Pedro! Tenemos que ver sus gatos antes de que se los lleven. Mañana pasarán a buscarlos.

Lily siempre le dice «Chico» a Franz, pero a él esto no le molesta. Lily les dice «Chico» a todos los muchachos. Incluso a los que son bien altos.

A Franz le encantó la idea de ir a ver los gatos, y quería ir lo antes posible.

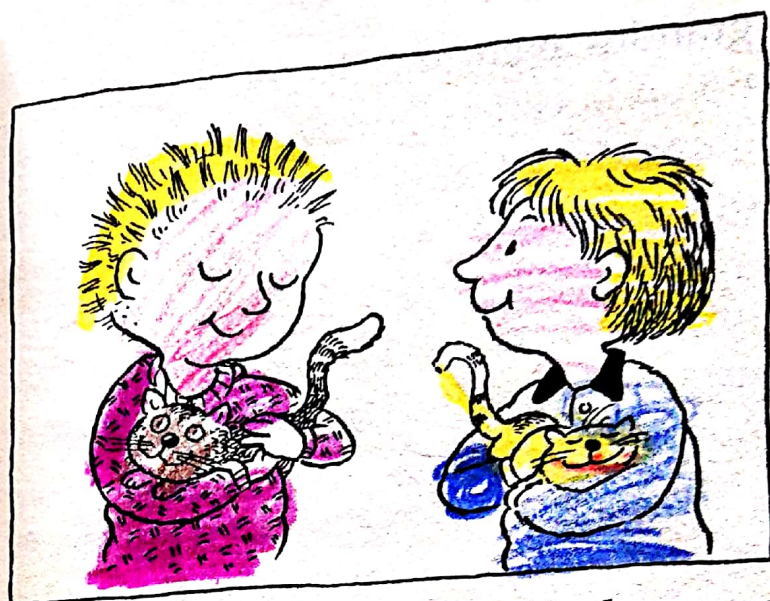
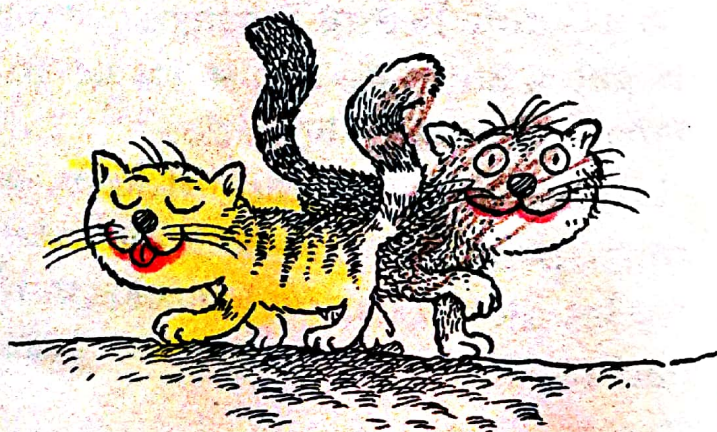
«Quién sabe», pensaba Franz. «Quizás la gente a quien Pedro le regaló los gatos venga hoy mismo. ¡Quién sabe si no están a punto de llevárselos!»

Por eso, mientras almorzaban, le dijo a Lily:

—¿Sabes, Lily? No tengo ninguna tarea. A Zac Zac se le olvidó darnos trabajo hoy.

Zac Zac es el maestro de Franz. En realidad, su apellido es Soboda, pero como habla breve y golpeado, como dando órdenes, Franz le puso el sobrenombre de Zac Zac.

Lily creyó lo que Franz le decía, e



inmediatamente después de almorzar se fueron a casa de Pedro. Allí se quedaron toda la tarde, mirando los gatos y jugando con ellos.

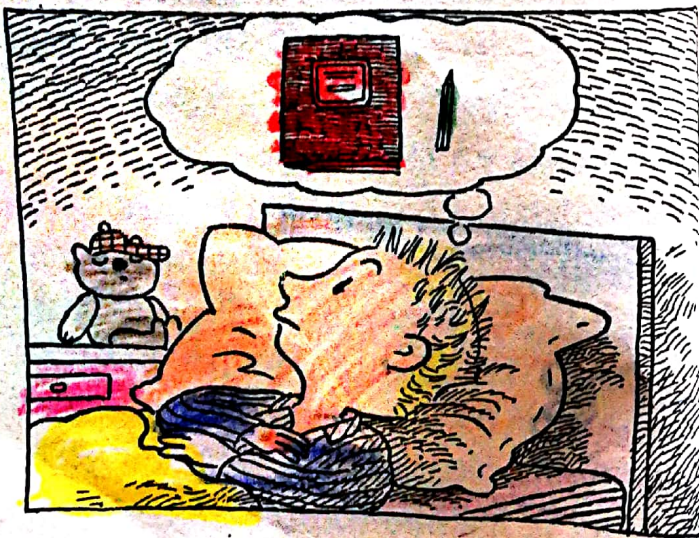
Cuando Franz volvió a casa, ya habían llegado su mamá, su papá y su hermano Josef. Hasta la cena estaba ya servida en la mesa.

Comieron un budín de sémola. Luego Franz le ayudó a su mamá a lavar los platos y también jugó lotería con su papá. Tenía que bañarse y aprovechó para hacer mucha espuma, cosa que le encantaba. Tenía la vista perdida en la lejanía, como soñando con

grandes aventuras. Enseguida, se metió en la cama. Quería dormirse rápidamente, pero lo desvelaba la tarea que tenía que hacer. No podía llegar a la escuela sin haber hecho la tarea. Era imposible, absolutamente impensable aparecerse ante Zac Zac con las manos vacías.

Así es que se levantó bostezando, se sentó frente a su escritorio y sacó un cuaderno de su maletín.

Sumas y restas había dado Zac Zac como tarea. Eran sólo seis pequeñas sumas y restas.



Franz estaba muy, pero muy cansado. Y Franz sabía que cuanto más cansado estuviera, más números al revés escribiría. «¡Qué desgracia!», pensó. «Estoy seguro de que voy a escribir todos los números al revés».

Y entonces se le ocurrió una idea muy sencilla, pero en realidad genial: «Voy a escribir los números al revés de como yo pienso que se escriben, y entonces es seguro que quedarán bien escritos».

Franz se sentía orgulloso de su superidea. Dando un bostezo tras otro, escribió con la letra más cuidadosa que pudo:

$$7 + 9 = 12$$

$$10 + 8 = 18$$

$$11 - 4 = 7$$

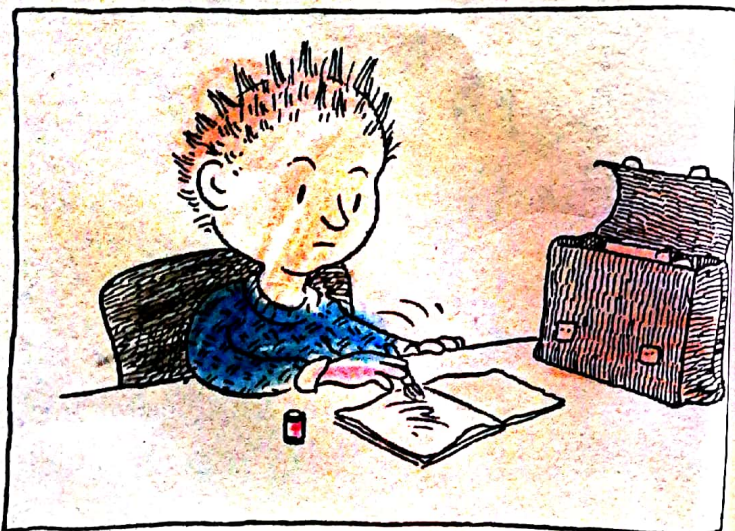
$$17 - 9 = 6$$

$$19 + 3 = 22$$

$$11 + 11 = 22$$

Franz habría cometido sólo dos faltas si no se le hubiera ocurrido su superidea. Pero estaba tan cansado que no se dio cuenta. Sólo advirtió los

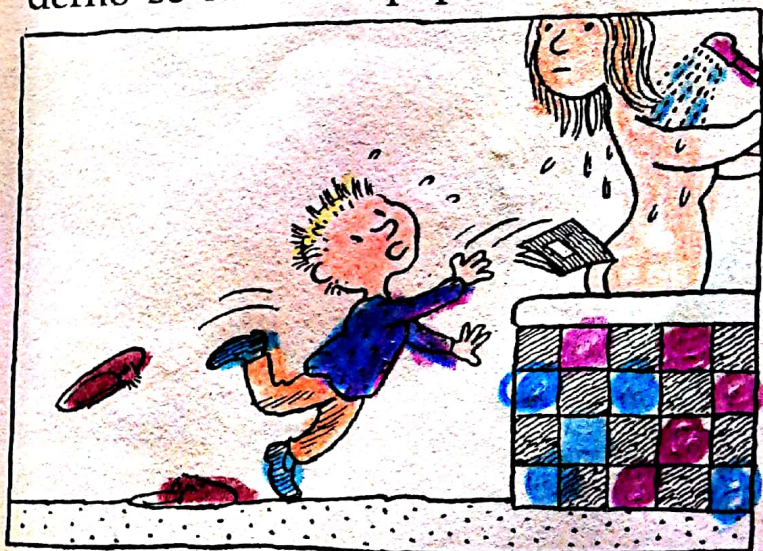
errores al día siguiente, cuando se disponía a guardar el cuaderno en el maletín. Lleno de orgullo, le echó una última mirada a su fantástica tarea, y entonces se dio cuenta del tremendo desastre que en realidad era. Le dio un susto horrible. Fue a buscar el «matatinta». Echó una buena cantidad sobre la hoja y la extendió con el pincelito. El borrratintas hizo desaparecer en un segundo las cifras, pero borró también las que estaban correctamente escritas. Además, la hoja se puso amarilla y se llenó de arrugas. ¡Se veía espantosa!



Franz corrió con el cuaderno a donde estaba su mamá. Ella estaba en el baño dándose una ducha.

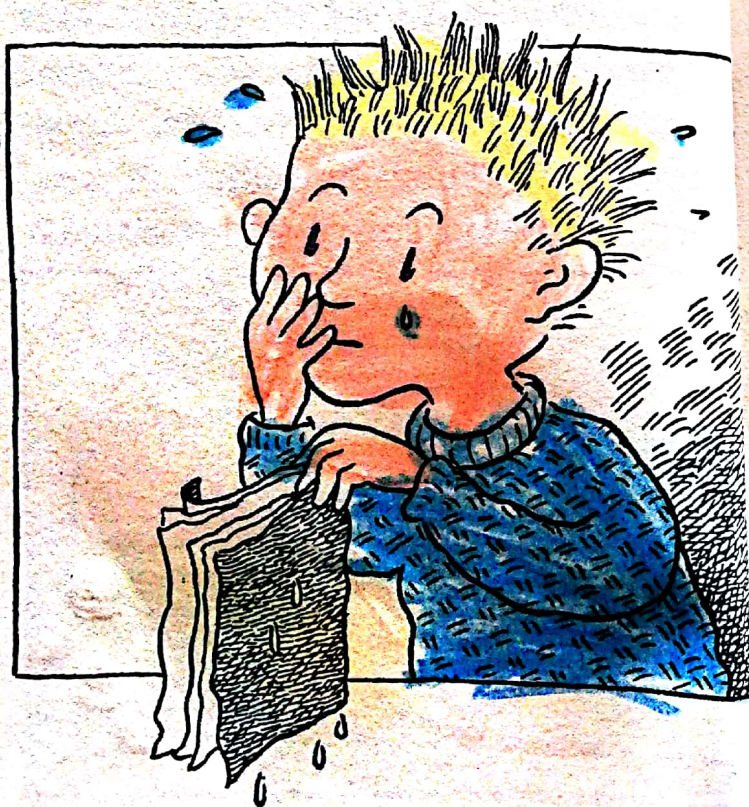
—¡Mamá, mamá! —le dijo muy nervioso—. ¡Mira lo que le pasó a mi cuaderno!

No bien había dicho esto, al cuaderno le pasó algo todavía peor. Franz se resbaló en las zapatillas de su mamá, el cuaderno se le cayó de las manos, voló por los aires ¡y fue a caer en medio de la bañera! La mamá cerró inmediatamente la llave del agua, pero ya era demasiado tarde. El cuaderno se había empapado completa-



mente, y de él escurría un agua azulada.

Desolado, Franz sacó el cuaderno de la bañera. Ninguna página se había salvado. Todas las tareas de matemáticas se habían transformado en grupos de nubes azulosas. Hasta lo que Zac Zac había escrito con tinta roja se había transformado en pequeñas nubes, pero rosadas.



—¿Qué voy a hacer ahora? —dijo Franz, con voz de pito.

La mamá salió de la bañera, se envolvió en una toalla y suspiró como si la catástrofe no tuviera remedio. El papá entró en el baño y miró atónito el cuaderno que goteaba. Franz sollozaba, y con voz muy aguda exclamó:

—¿Cómo podré explicarle todo esto a Zac Zac? ¡Imposible!

—¡Claro que podrás! —le dijo la mamá.

—¡Claro que no podrá! —contestó Josef—. Con esa voz de pito, Zac Zac no le va a entender al 'hombrecito'.

El papá y la mamá se miraron.

—Entonces ¿qué podemos hacer?— se preguntaron el uno al otro.

—Muy simple. Uno de ustedes tiene que acompañar a este 'hombrecito' a la escuela —dijo Josef.

—Imposible. No puedo llegar tan retrasado a la oficina. Y mamá tampoco —le contestó el papá.

—¡Ven tú conmigo, entonces! —

pitó desesperado Franz, dirigiéndose a su hermano.

—No digas tonterías, ¡cretino! —le contestó Josef—. ¿Te olvidas de que yo también debo ir a la escuela?

—¿Y Lily? —preguntó Franz.

—¡Sí! ¡Lily te solucionará este problema! —exclamó la mamá, y se dirigió hacia el teléfono. Marcó el número de Lily, pero nadie contestó. Lily ya no estaba en casa.

—¡Ya tengo la solución! —dijo el papá—. Le escribiré una carta simpática a Zac Zac.

Fue a buscar una hoja, que se veía muy fina, y escribió:

*Estimado señor Sobodo
Me permito comunicarle que el cuaderno
de matemáticas de mi querido hijo Franz
se cayó, por desgracia y accidentalmente,
en la bañera, lo cual hemos lamentado
mucho. Le ruego comprenda esta desgracia
que afecta a mi hijo y a toda la
familia*

Respetuosamente

Franz Josef Meier

La carta se veía tan bien que Franz se tranquilizó. Dejó de lloriquear y su voz volvió a ser normal. Pensó que lo mejor era entregársela a Zac Zac sin decir palabra. Dobló la carta con cuidado. Quería guardarla en su maletín. En ese momento sonó el timbre de la puerta. ¡Era Gabi! Gabi pasaba a buscarlo todas las mañanas. Franz no quería hacerla esperar y rápidamente metió la carta en el bolsillo trasero del pantalón. Enseguida se puso el maletín bajo el brazo y salió de casa.

—¡Está lloviendo, Franz! —le alcanzó a gritar la mamá.

Franz también alcanzó a escucharla, pero como vio que Gabi no llevaba impermeable, decidió que él tampoco se pondría ninguno. El no era ningún terrón de azúcar. No se iba a deshacer con tan poca agua, pues apenas lloviznaba.

Mas a dos o tres cuadras de la escuela comenzó a llover a cántaros. ¡Se desató un verdadero diluvio!



Franz quiso refugiarse bajo un zaguán, pero Gabi se colocó el maletín sobre la cabeza y corrió a la escuela.

—¡Es como un paraguas! —le gritó.

Entonces Franz hizo lo mismo. Se colocó el maletín sobre su cabeza de puercoespín, y corrió detrás de Gabi.

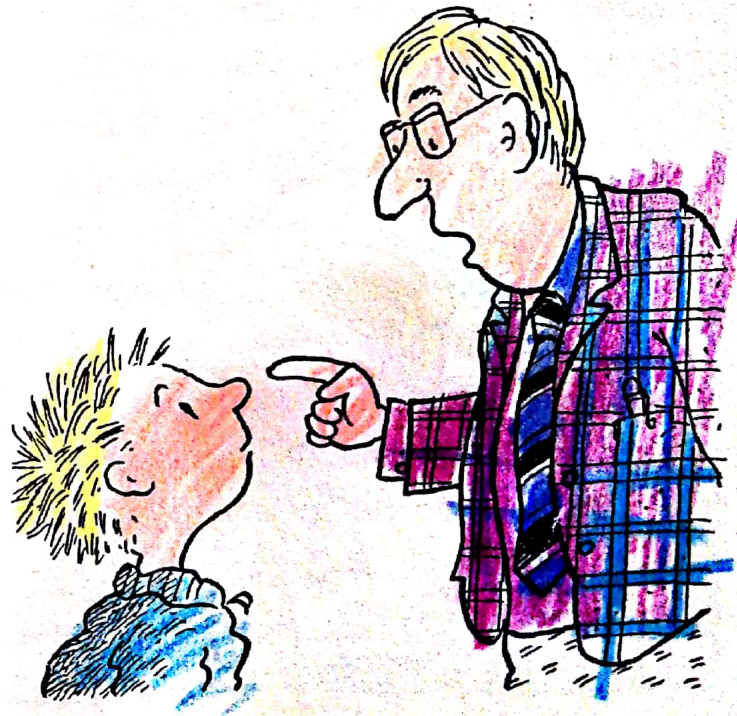
Así, llegó totalmente empapado al salón de clase. En cambio, los otros niños estaban perfectamente secos. Por supuesto, se habían puesto impermeable.

—Ve a donde doña Esperanza a que te seque el pelo, o de lo contrario te vas a resfriar —le dijo Zac Zac.

Doña Esperanza no sólo le secó el pelo, sino que le prestó un suéter de entrenamiento. Lo sacó de la caja de objetos perdidos.

El suéter le quedaba bastante **grande** a Franz. Tres Franz habrían cabido en él. Por supuesto, Franz hubiera preferido mil veces quedarse con sus ropas mojadas, pero esto no lo permitió doña Esperanza.

Cuando Franz volvió al salón con su atado de ropa mojada bajo el brazo,



ya la clase había comenzado. Zac Zac estaba justamente recogiendo los cuadernos con las tareas de matemáticas.

—¿Tu cuaderno? —le dijo acercándosele.

Franz hizo un gesto de negación con la cabeza y sacó la carta del bolsillo posterior de su pantalón. ¡Pero la carta estaba empapada de agua y no se podía reconocer letra alguna!

Sólo se veían manchas azules claras



y azules oscuras, como nubes. Zac Zac miró las manchas.

—¿Qué significa esto? —le preguntó a Franz.

—Es lo que escribió mi papá —dijo éste con voz de pito.

—Sí, pero ¿qué dice aquí?

—Que a mi cuaderno le pasó lo mismo que a la carta —contestó Franz.

—Deja de decir tonterías.

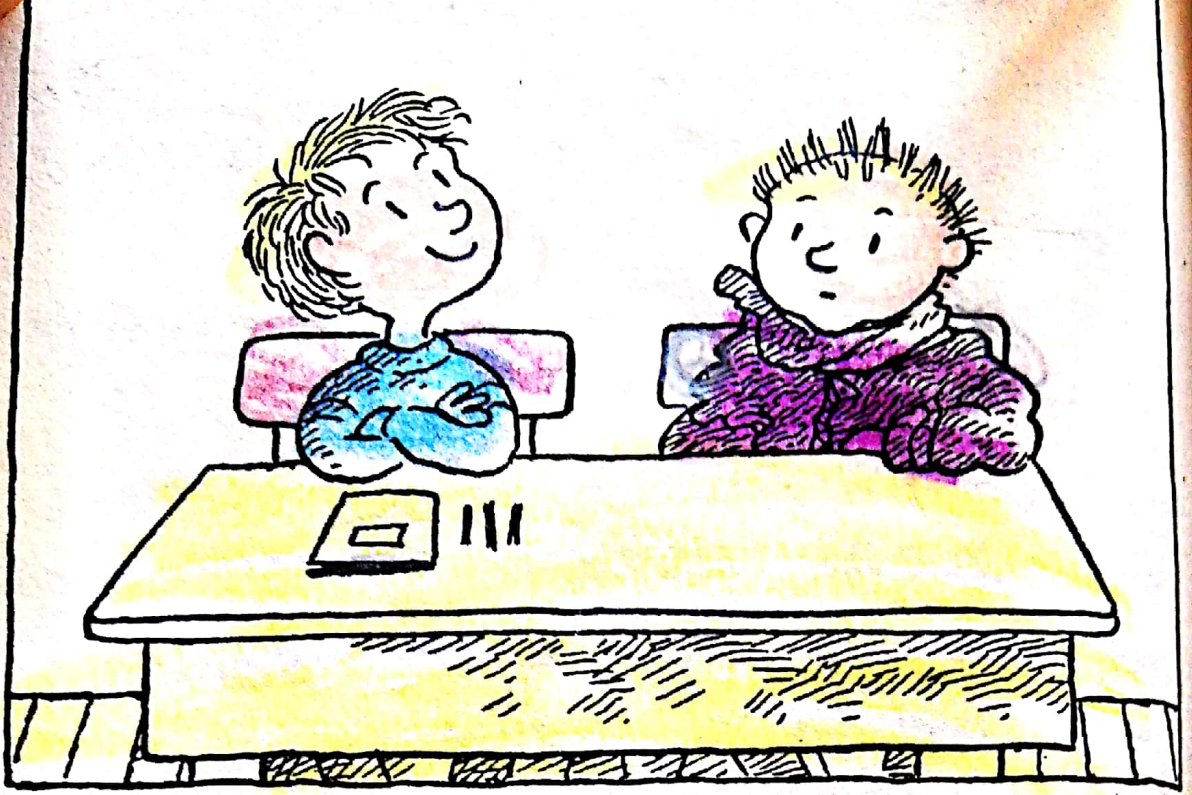
—Me resbalé en las zapatillas —dijo Franz con voz cada vez más aguda.

—¿Zapatillas? —exclamó indignado Zac Zac—. ¡Qué zapatillas ni qué ocho cuartos!

Entonces, de puro susto, Franz no pudo hablar más. Carraspeó un par de veces, hizo todos los esfuerzos posibles, pero más allá de unos graznidos, no le salió palabra. Tosió y tosió, pensando que así podría recuperar el habla, pero no hubo caso.

—¡Resfriado por la lluvia! —dijo Zac Zac—. ¡Completamente resfriado!

El maestro se dirigió hacia el arma-



rio, sacó un trapo de limpiar la pizarra y se lo anudó al cuello a Franz.

—Ahora siéntate ¡y no digas palabra! —le ordenó.

Franz caminó hacia su puesto y se sentó. Desde allí escuchó cómo Zac Zac les explicaba a los otros niños que había que tener mucho cuidado con la voz cuando uno se resfriaba.

—De lo contrario, ¡uno se puede quedar mudo durante semanas! —dijo Zac Zac.

Al mediodía, Franz le contó a Lily lo que había sucedido.

—Pero, chico —le dijo ella—, tú no puedes quedarte mudo hasta el fin del trimestre. ¡Tienes que explicarle a Zac Zac que se te cayó el cuaderno al agua! ¡Y punto!

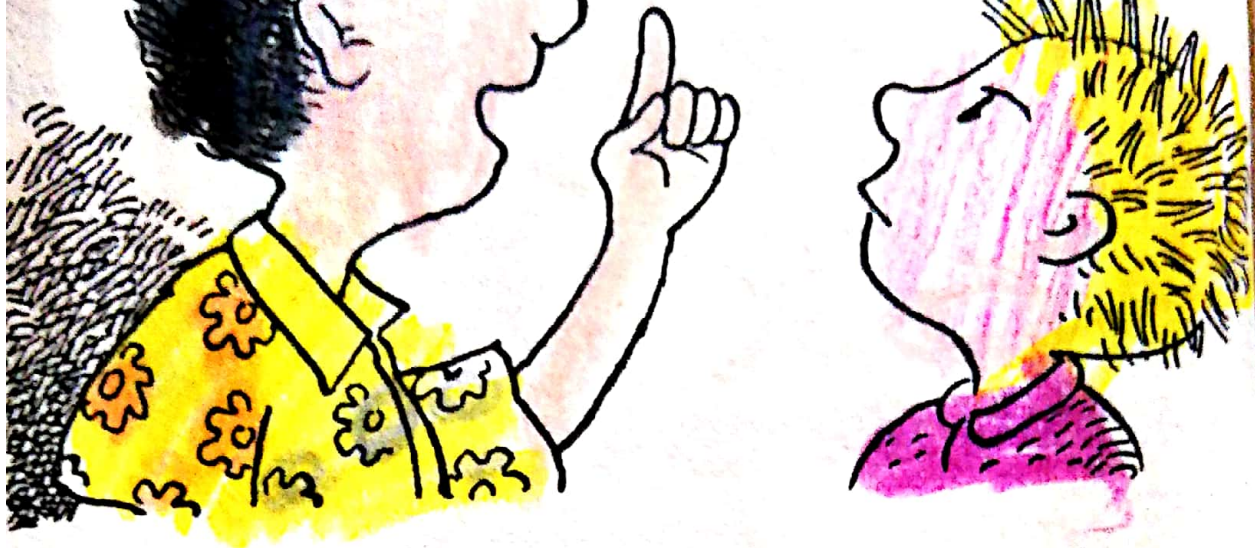
—Sí, pero mañana no, por favor —le contestó Franz, y su vocecita estaba aún algo aguda.

El papá y la mamá también estuvieron de acuerdo con que Franz debía aclararle a Zac Zac, al día siguiente, el asunto del cuaderno.

—Postergar los problemas no sirve de nada —le dijo el papá.

—Tienes que ser valiente —le dijo la mamá.

Franz tuvo que darles la razón a su papá y a su mamá, ¡y también a Josef! ¡Esto era lo último! ¡Darle la razón a Josef! ¡Estaba muy indignado consigo mismo! Ni siquiera quería mirarse al espejo de tanta indignación que sentía. Pero, ¿de qué le servían todas estas indignaciones y consejos? El caso es que él no podía hacer nada: no era



capaz de hablar con Zac Zac; cada vez que Zac Zac estallaba, él se quedaba mudo. No le salía palabra.

—Por supuesto que puedes explicarle a Zac Zac lo sucedido, cretino. ¡Tienes que ser capaz de superarte! —le dijo Josef.

¡Superarse! Claro, para Josef era fácil decirlo. El creía que no tenía nada qué superar. Pero por lo menos debía superar su lengua suelta. Josef era el más descarado de la escuela. ¡Y decía que otros tenían que superarse!

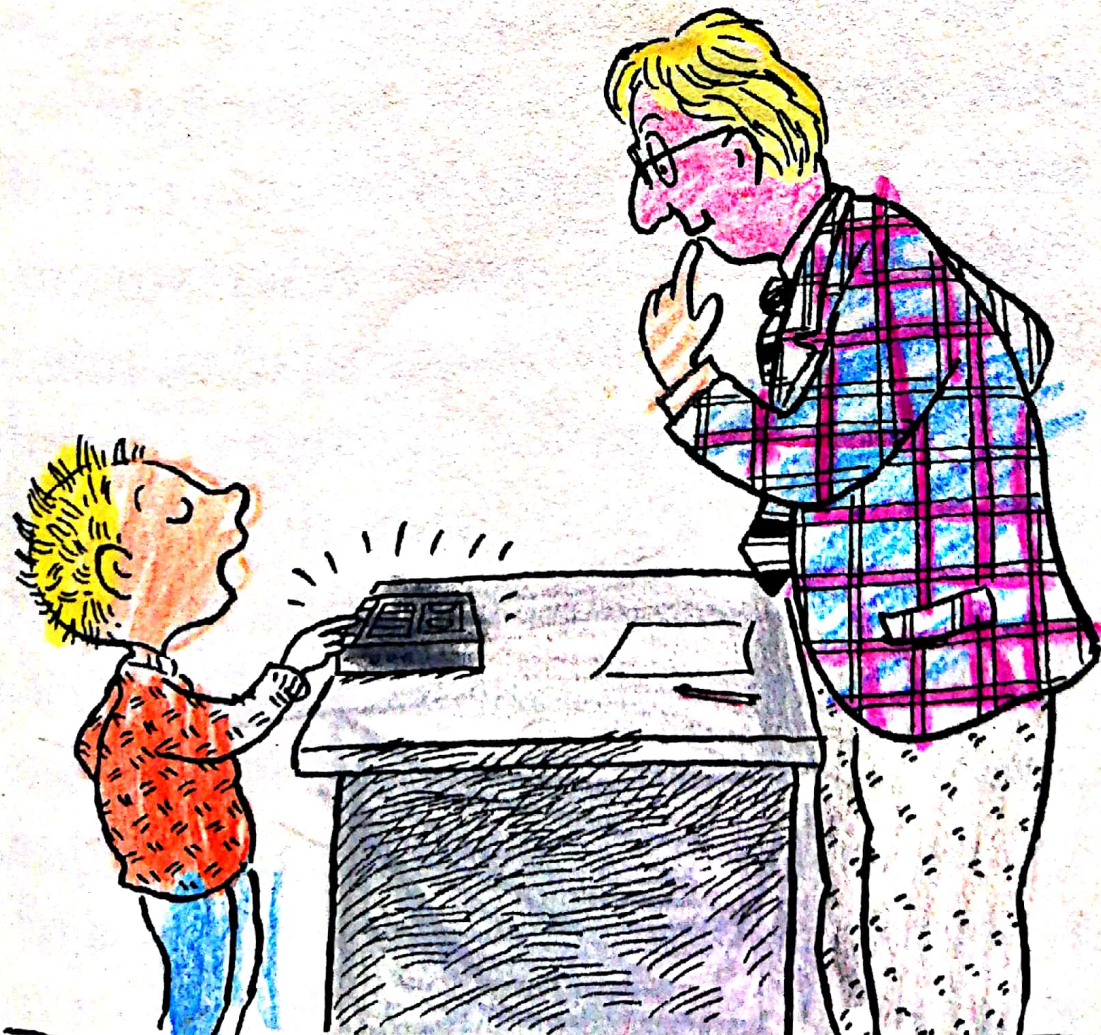
Así es que se fue a donde Gabi a contarle sus desgracias. Gabi era la única que podía consolarlo.

Y Gabi no sólo lo consoló, sino que además le dio un buen consejo. ¡Un consejo superbueno!

Al día siguiente, Franz llegó a la escuela con una grabadora. Apenas sonó la campana, levantó la mano.

—¿Qué pasa? —le preguntó Zac Zac.

Franz se levantó de su lugar, tomó la grabadora y la colocó sobre la mesa del maestro. Apretó la tecla de funcionamiento: PLAY. Puso el volumen



muy alto, y su voz se escuchó en todo el salón de clase:

«Por favor, quisiera explicar que mi cuaderno de matemáticas se cayó ayer a la bañera y que la tarea que tenía escrita se borró. El cuaderno ya está seco, pero no puedo escribir más en él, porque las hojas están amarillas y muy arrugadas».

Mientras el casete sonaba, Franz abría y cerraba la boca como si él estuviera hablando.

Zac Zac lo miraba atónito, con los ojos muy abiertos. Y de repente comenzó a reír. Primero se reía con disimulo, después más abiertamente. Hasta que estalló en carcajadas, mientras se golpeaba las piernas con gran entusiasmo. Por último, dejó descansar las manos sobre la barriga, pero seguía riendo, sin poder parar. Su risa sonaba como miles de piedrecillas dentro de un tonel de hojalata. Enseguida, se quitó los anteojos y se secó las lágrimas que le habían salido de tanto reír.

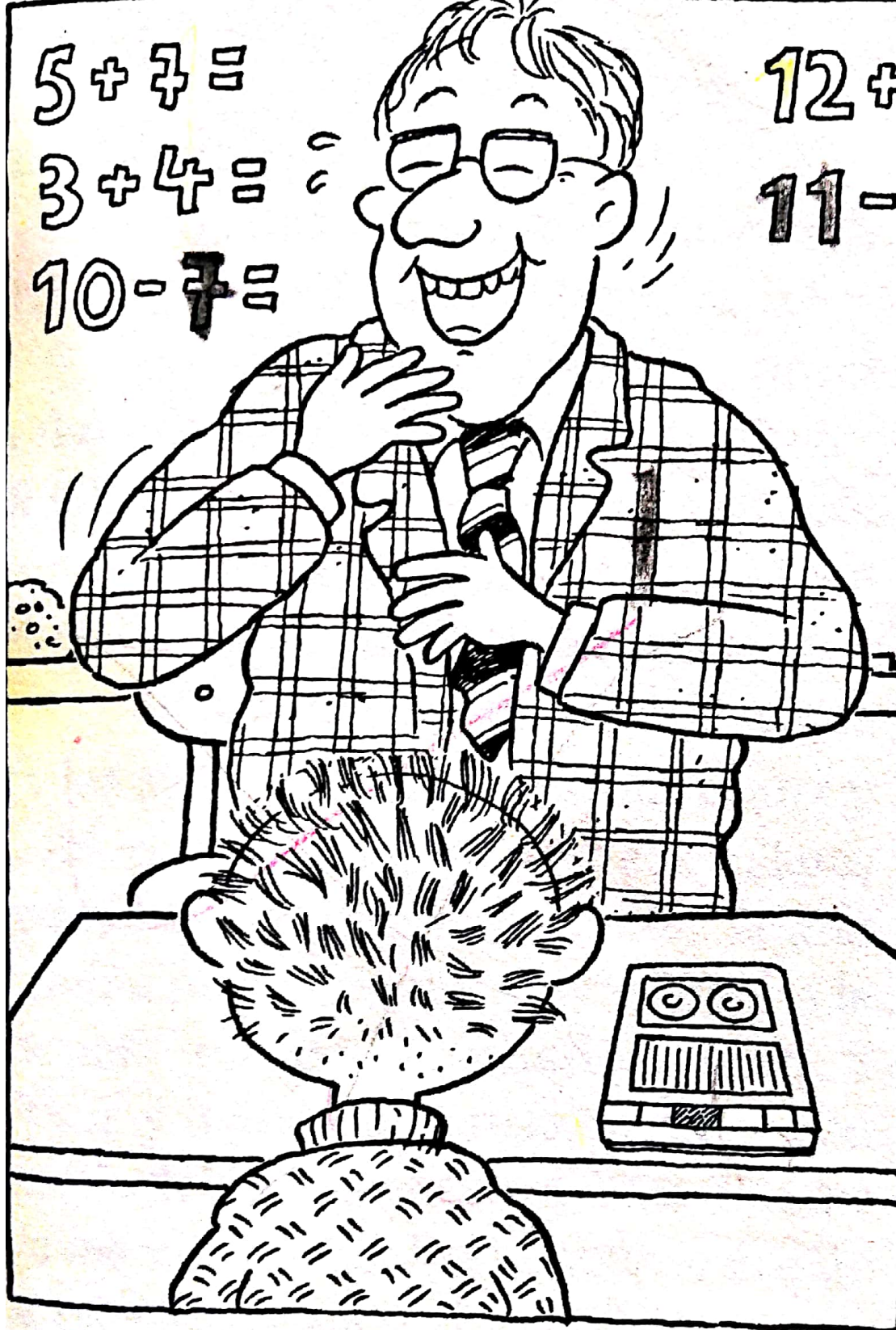
$$5 + 7 =$$

$$3 + 4 =$$

$$10 - 7 =$$

$$12 +$$

$$11 -$$



Zac Zac se levantó, se dirigió al armario y sacó **un** cuaderno nuevo y se lo pasó a Franz.

—Aquí tienes, chico deschaveta-
do— le dijo, y se puso a reír de nuevo.

—Muchas gracias, señor —le dijo Franz con voz de pito.

Y volvió a su asiento con su grabadora y su cuaderno nuevo.

En el recreo todos los niños felicitaron a Franz:

—Eres el único que ha hecho reír a Zac Zac. ¡Y de qué manera! Nadie lo había conseguido antes, ¡nadie!

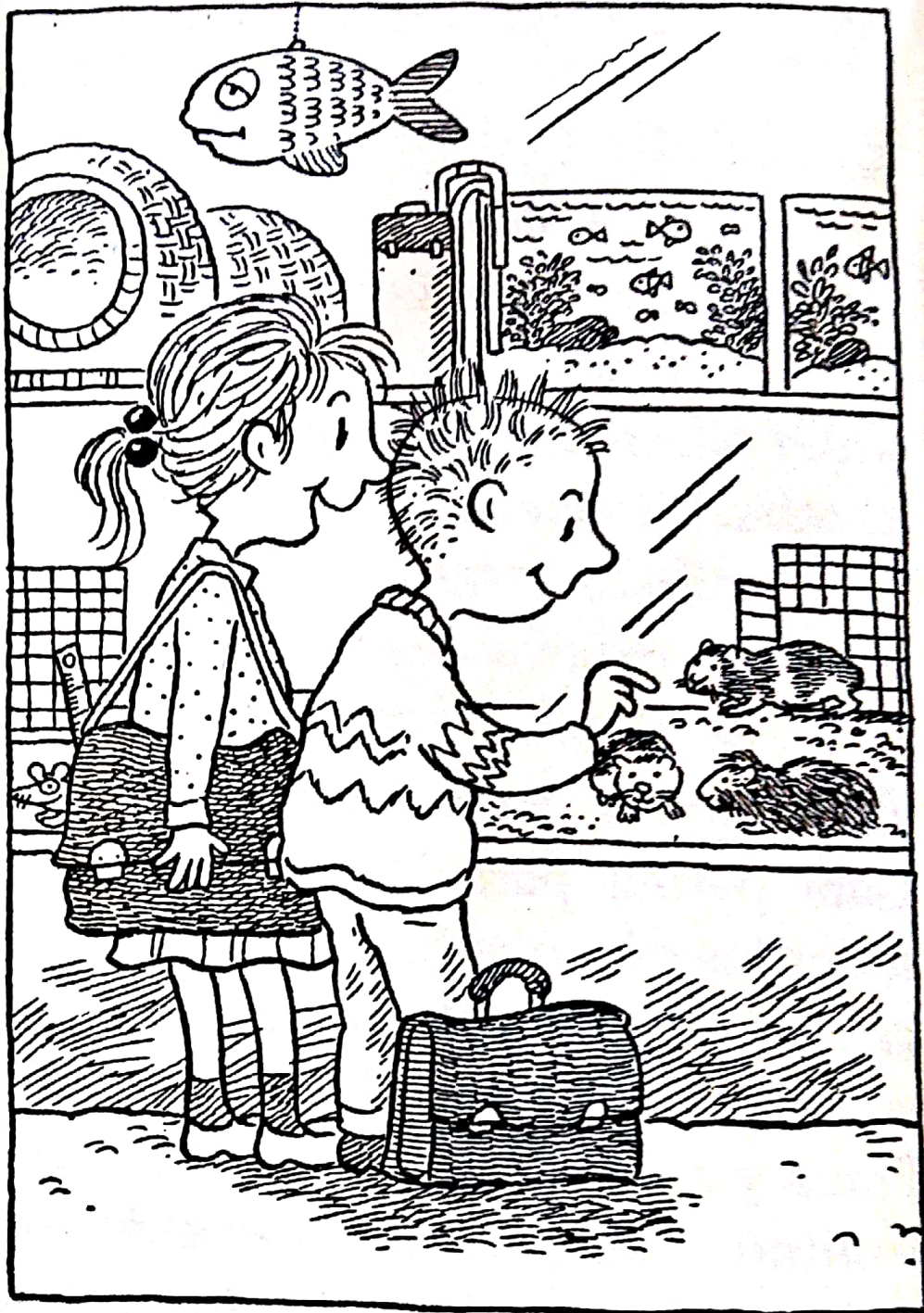
Y Franz, después de haber salido de semejante lío, sonrió satisfecho.

$$7 + 5 = 12 \quad 10 + 8 = 18$$

LA RODILLA HERIDA DE FRANZ

A las siete y media en punto Franz y Gabi parten para la escuela. Claro, todos los días que hay escuela. Si uno camina rápidamente, puede llegar a la escuela en cinco minutos, pero a Franz y a Gabi les gusta caminar con lentitud. Y les gusta detenerse delante de las vitrinas de los negocios. Frente al escaparate de la tienda de animales se quedan casi cinco minutos. En la vitrina hay ratas danzarinas, marmotas, conejillos de Indias.

A Gabi le encantan los conejillos de Indias. Incluso está enamorada de



uno de ellos. Uno que tiene el pelo largo y negro y que sólo tiene una mancha blanca en el lomo.

Gabi le puso Casimir a este conejillo de Indias. Todas las mañanas golpea en el vidrio y le pregunta:

—¿Dormiste bien, Casimir?

Gabi está convencida de que Casimir, al escucharla, levanta la cabeza y le sonríe. Muchas veces ha discutido con Franz sobre este asunto.

—Los conejillos de Indias no sonríen. Sólo los seres humanos pueden sonreír. Pregúntale a mi papá, si no me crees —le dice Franz.

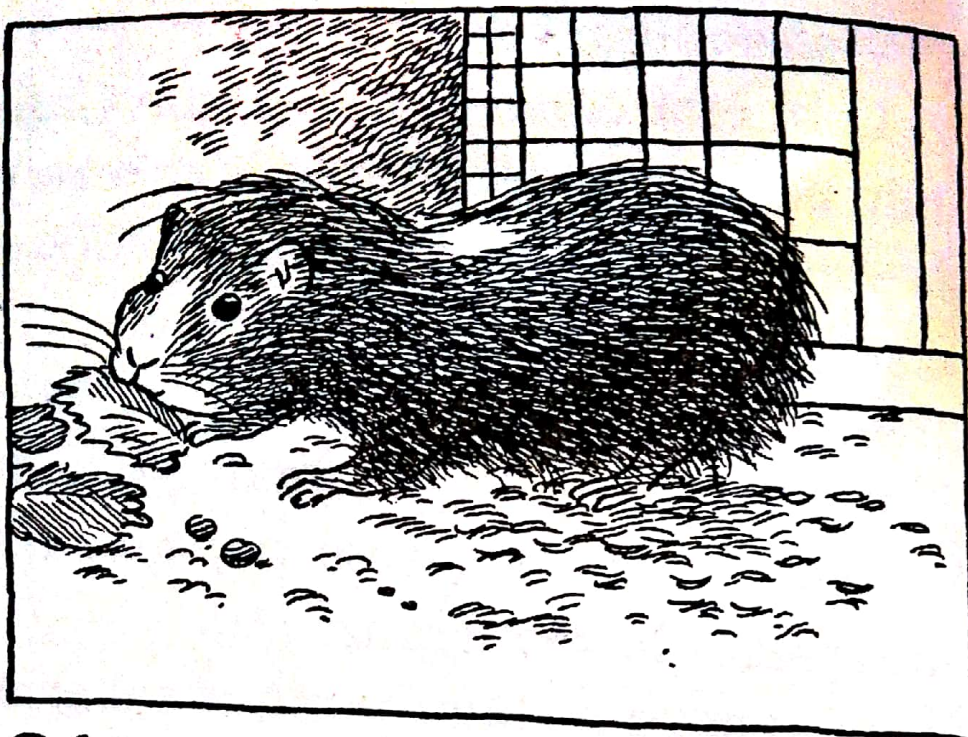
—¡Tu papá no tiene por qué saberlo todo! El mío dice que los conejillos de Indias sí pueden sonreír. (Esto no es cierto, pero Gabi encuentra que si Franz echa mano de su papá, ella también puede hacerlo.)

En una ocasión en que Franz y Gabi estaban mirando el escaparate, Casimir no levantó la cabeza. Estaba echado en un rincón, comiendo una hoja de lechuga. Gabi golpeó otra vez el vidrio y le dijo:

—¡Casimir, soy yo, Gabi!

Pero el animal no se dio por aludido.

—¿Le pasará algo? —se preguntó



Gabi muy alarmada—. ¿Estará enfermo mi pobre conejillo de Indias?

—Los animales enfermos no comen —le dijo Franz, mirando atentamente al conejillo de Indias. De repente arrugó la frente y le dijo a Gabi—: Este no es Casimir. La mancha blanca que él tenía era más pequeña y redonda. ¡Míralo! ¡No es Casimir! Es un conejillo hembra. Si no, no tendría tetillas en el vientre.

—¡No digas tonterías! Yo conozco a mi Casimir —le contestó Gabi.

—El amor enceguece —le respondió Franz.

—¿Y entonces dónde está Casimir?

—Lo vendieron ayer, y el dueño del negocio ha puesto otro animalito; uno que se parece a Casimir.

—¡Tonto! ¡Vas a verlo con tus propios ojos! Al mediodía le preguntaremos al dueño.

—Puedes preguntarle ahora mismo. Mira, allí viene.

Y Franz le indicó con el dedo calle abajo.

El dueño del negocio era un hombre ya de cierta edad. Caminaba despacio. Cuando por fin estuvo frente a la puerta del negocio, Gabi le dijo:

—Perdone, pero él cree que Casimir es otro conejillo de Indias. Pero lo que pasa es que Casimir hoy no quiere reírse, ¿no es cierto?

El comerciante abrió el negocio.

—¿Qué, qué es lo que pasa? No entiendo nada —les dijo mientras entraba en la tienda. Gabi y Franz también entraron. Franz le explicó el problema con orden y calma.

El comerciante le dio la razón a Franz, pero también a Gabi. El conejillo siempre había sido hembra, pero era el mismo que estaba en la vitrina desde hacía seis meses.

—Entonces se llama Casimira, y ¡asunto arreglado! —dijo Gabi, y sacó al conejillo de la vitrina y comenzó a acariciarlo.

—¡Vean cómo se ríe! —les dijo.

—Está olfateando —le explicó el comerciante.





—No, se está riendo —insistió Gabi.

—Siempre es así de obstinada —dijo Franz.

—Típicamente femenino —contestó el comerciante.

Y en ese mismo momento Franz y Gabi escucharon, aterrorizados, cómo el reloj de pared del negocio daba ocho campanadas.

—¡Qué desgracia! —dijo Franz.

Gabi puso rápidamente el animalito en la vitrina.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó angustiada.

El comerciante se rió.

—Busquen una buena excusa —les dijo—. De lo contrario, tendrán que colocarse contra la pared. ¿O ya no castigan de ese modo?

Franz y Gabi mascullaron «¡Adiós!» y salieron muy compungidos. Caminaban despacio en dirección a la escuela. Cada vez más despacio.

—Josef con frecuencia llega retrasado a la escuela —dijo Franz—. Y siempre encuentra una buena justificación.

—¿Cuál?

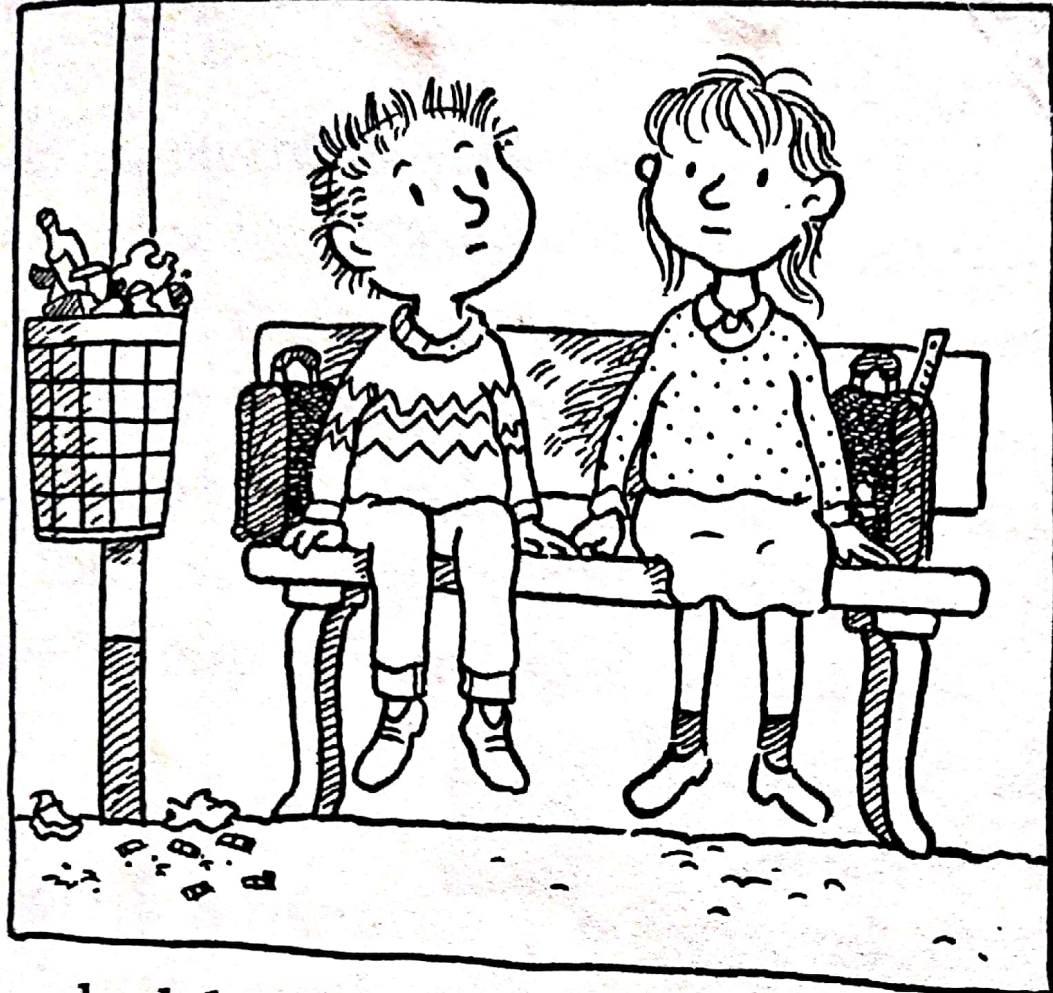
—Que el autobús se demoró debido a una congestión del tránsito.

—No nos sirve. Saben que venimos a pie.

—Que canta en el coro de la iglesia y esta vez el cura se demoró mucho en la prédica. El tenía que cantar después, claro.

—Tampoco nos sirve esa excusa— dijo Gabi.

Gabi se sentó en el banco de la pa-



rada del autobús. Franz se sentó junto a ella. Se pusieron a pensar.

—Una enfermedad sería una buena justificación —dijo Franz.

—¿Qué tal una caída y una rodilla herida?

—El maestro se puede dar cuenta de que ninguno de los dos tiene la rodilla herida.

—¡Claro! Pero, ¿si yo digo que tú te caíste y que te hiciste una herida grande en la rodilla?

—Está bien, pero ¿por qué te vas a

retrasar tú porque yo me hice una herida?

—Porque yo tenía que ayudarte a caminar. No podías hacerlo sin apoyarte en mí. Y tuvimos que caminar muy lentamente. Lo importante es que mi maestra no te vea a ti. Eso es lo importante.

—¡Claro! ¿Qué le digo a Zac Zac?

—¡Tú le dices a Zac Zac que fui yo la que me caí!

—¡Genial!

Se levantaron y caminaron decididos rumbo a la escuela. Franz pensaba que era una suerte que no estuvieran en el mismo curso.

En la escuela todo estaba muy tranquilo. No había nadie en el corredor. Tampoco había nadie en la escalera.

Hacía rato que Gabi había entrado en su salón y Franz seguía delante de la puerta del suyo. No se atrevía a entrar. De adentro sólo provenían ruidos apagados. Franz pensó que podrían estar haciendo un ejercicio de



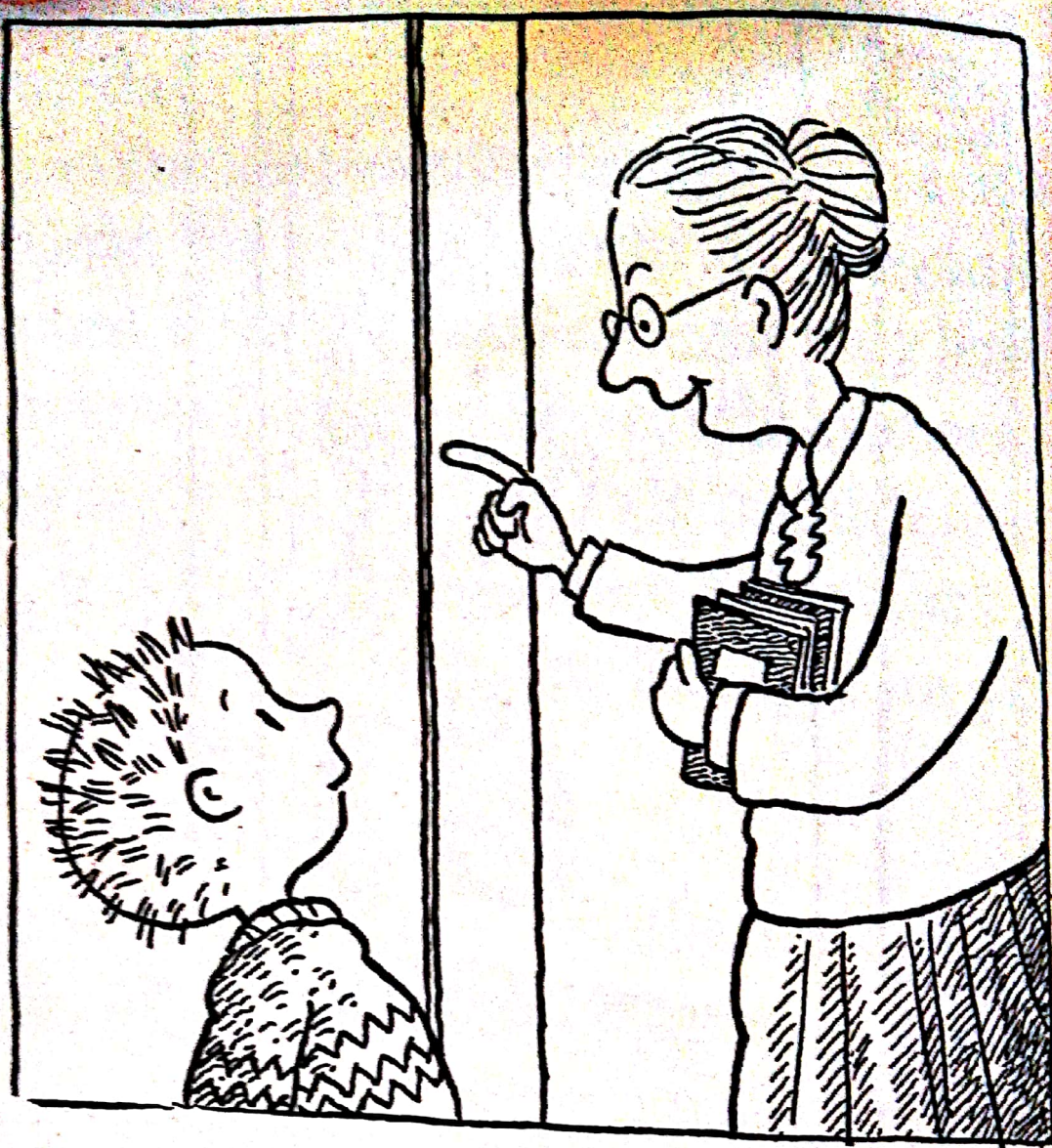
composición. Era mejor esperar a que terminaran ese trabajo.

Pero de repente Franz sintió pasos. Los pasos se acercaban; la directora de la escuela iba directamente hacia él.

—¿Tú eres Franz? —le preguntó.

Franz dijo que sí con la cabeza.

—Recuerdo tu nombre porque ya casi nadie se llama así, y es un nombre muy bonito.



Franz dijo que sí con la cabeza.

—¿No te atreves a entrar?

Franz dijo que no con la cabeza.

—¿Te quedaste dormido?

Franz dijo que no con la cabeza.

—Fue culpa de un conejillo de Indias —fue lo único que pudo decir. La verdad es que no podía mentir. Y comenzó a contarle a la directora lo que realmente había pasado. Justo cuando le estaba contando cómo el reloj había

comenzado a dar ocho campanadas,
se abrió la puerta del salón y Zac Zac
lanzó un rugido:

—¿Quién hace tanto ruido en el pa-
sillo?

—Soy yo —dijo la directora.

—¡Oh, perdón, perdón! —se excusó
Zac Zac. Quiso cerrar la puerta, pero
la directora le dijo:

—Por favor, aprovechemos para
que Franz entre. Ya hemos chismeado
bastante.



Franz entró en el salón y Zac Zac no le preguntó por qué había llegado tarde.

Franz estaba feliz de que la inesperada ayuda de la directora le hubiera ahorrado dar una excusa a Zac Zac. No hubiera podido contar la historia de la rodilla herida de Gabi sin que se le pusiera la voz como de pito.

Sin embargo, durante el recreo llegó al salón de clase la maestra de Gabi. Le dijo a Zac Zac:

—Oye, en tu clase debe haber un Franz que se lastimó la rodilla. Mírale la herida. Quizás haya que llevarlo al médico.

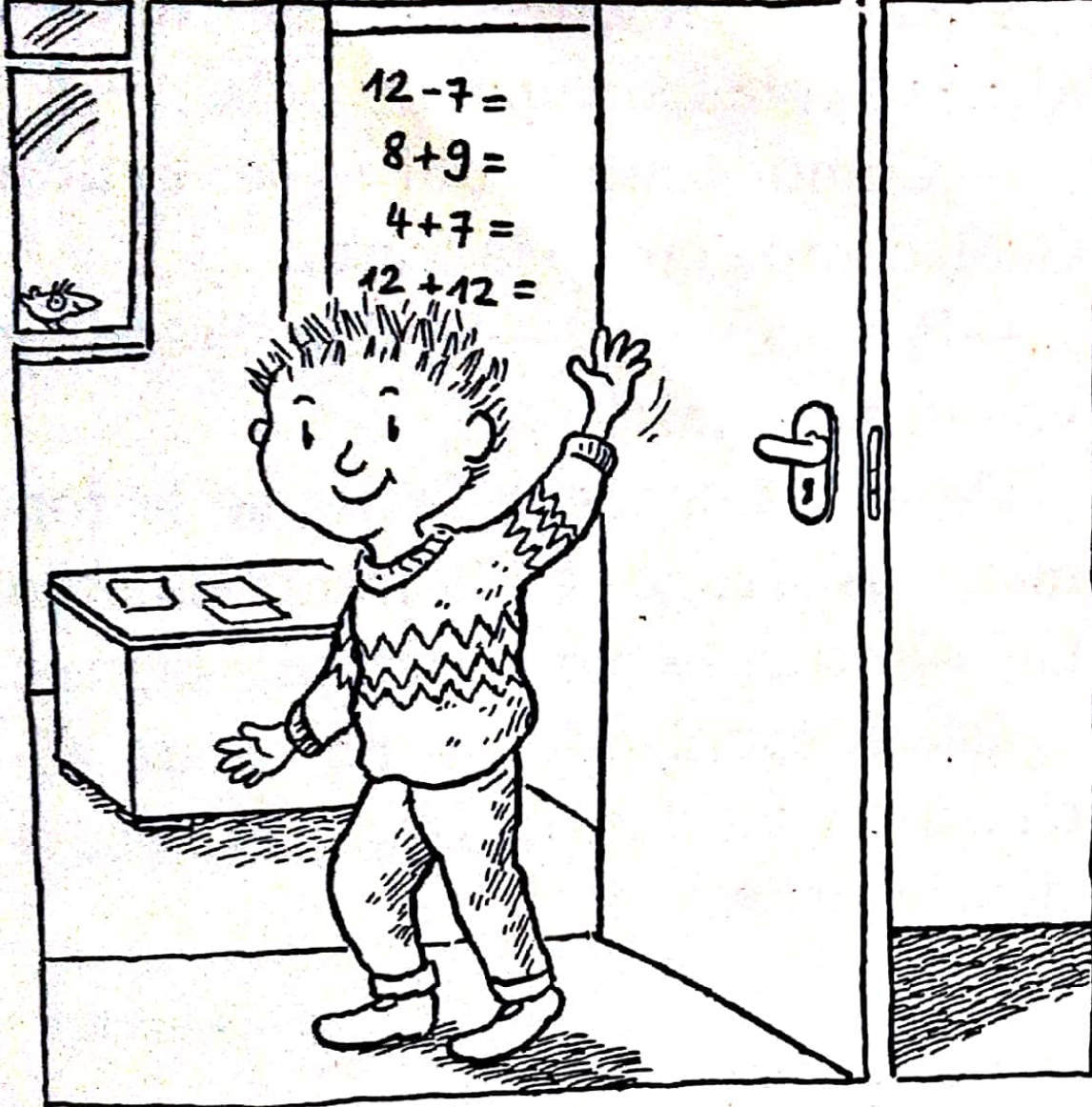
De pura angustia, Franz sintió retorcijones en el estómago.

Zac Zac miró a Franz, y le pidió que se levantara el pantalón.

—Mi Franz no tiene nada —dijo.

—Entonces debe de ser el del salón 1-C —dijo la maestra, y se fue.

En el otro recreo, Franz fue al salón 1-A a visitar a Gabi.



—¿Cómo te fue? —le preguntó.

—¡Superbién! —le dijo Gabi al tiempo que le guiñaba un ojo y señalaba maliciosamente a su maestra—. Le dije que me había entendido mal. Le expliqué que el niño de la rodilla herida era un Franz que iba a la escuela del parque, no a la nuestra, como ella creía cuando te fue a buscar.

Franz se quedó mirando a Gabi. Estaba atónito.

—¡Cómo mientes! —le dijo—.
Mientes como... como...

—¡Como contratada! —le ayudó
Gabi, completando la frase.

—Precisamente —le dijo Franz, y
volvió a su clase.

Desde entonces, a Franz se le forman dos arrugas en la frente cuando Gabi le cuenta algo. Siempre piensa: «¿Estará mintiendo, o me estará diciendo la verdad?» Nunca lo sabe a ciencia cierta.